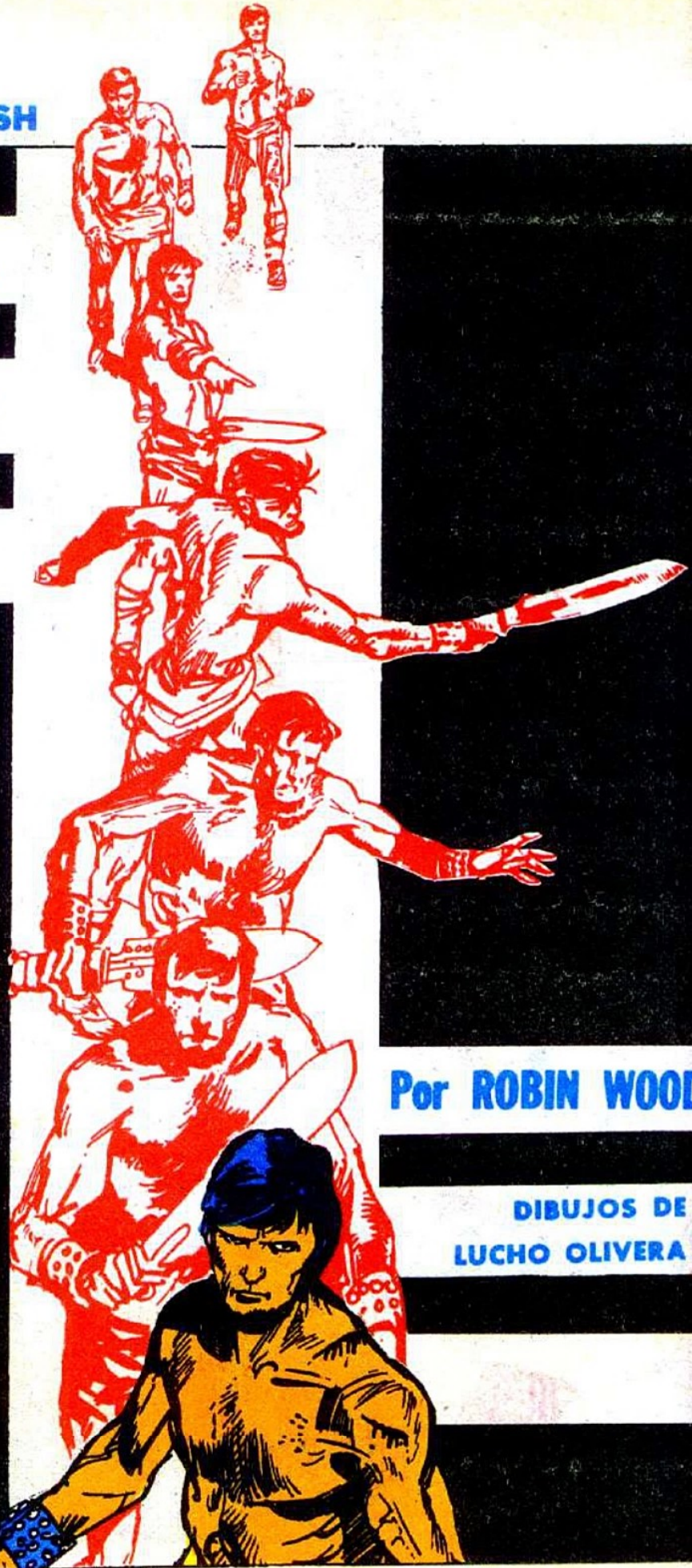


NIPPUR DE LAGASH

HOMBRES,

DIOSES

Y AGUA



Por ROBIN WOOD

**DIBUJOS DE
LUCHO OLIVERA**



Desde que atravesé los caminos de piedra de aquellas montañas sentí que los aires se enrarecían, como si el humo de una extraña hoguera invisible para los ojos humanos los sofocara, crepitando en silencio y enmudeciendo a los pájaros.

(Hasta mis caballos parecen sentirlo... Están nerviosos y asustados... y resulta difícil controlarlos...)



En lo alto de las montañas de piedra entreví de pronto un destello.

(Creo que... hay hombres entre las rocas...)



(Y en el suelo veo marcas de caballos y pies, marcas profundas. Eso quiere decir que están armados...)



(Y ese extraño olor... ¿qué es?)



¡Alto!

¿Qué es lo que ocurre? ¿Por qué me detienes?

¿Eres uno de los Tres?



No sé de qué hablas. Explícate mejor.



Un hombre joven de aros de oro se descolgó ágilmente entre las rocas y se acercó a mi carro mirándome con cautela. Por fin...



No tiene el tatuaje. No es.

No quiero ser curioso en exceso, pues soy forastero en estas tierras, pero, ¿qué es lo que buscas?



¿Tienes interés tal vez en ganar una cesta de oro del tamaño de la rueda de tu carro?

Verás... soy hombre ajeno al oro, yo sólo sé de la sal y desgracia con que está amasado pero por otros motivos tal vez no resulte perdido el tiempo que gastes conmigo.



Muy bien. Escucha, entonces. Hay tres hombres ocultos en estas montañas cuyos nombres y rostros ignoramos. Todo lo que sabemos es que llevan un extraño tatuaje en la frente y que intentarán matar a nuestro señor, Urulim, dueño de tierras y hombres en esta región.



Un chillido nos sobresaltó. Un viejo cabrero encaramado en lo alto de una roca, increíblemente harapiento y peludo hasta parecer más un animal que un hombre, refa. Era tan deforme y polvoriento que ni habíamos advertido su presencia.

¡Ja, ja, ja! ¡Te olvidas de contarlos algo!



¡Cuéntale lo de la roca labrada por los rayos frente al castillo! ¡Háblale de la noche en que los alaridos de los asesinados hicieron caer muertos a los pájaros de las ramas de los árboles!



¡Cállate o te...!

No uses armas contra quien no las tiene. Déjalo hablar. Las palabras son lanzas con puntas de aire. Déjalo hablar.



¡Eso es! ¡Déjame hablar! Oye bien lo que te digo, forastero. El hombre del castillo teme hoy la furia de los Tres cuya frente tatuó su padre hace muchas cosechas ya, para que no pudieran jamás confundirse con el resto de los hombres. Hace mucho de esto. Centenares de cabras han nacido y muerto desde entonces.



Los tatuó y luego los hizo huir en diferentes direcciones poco antes que Urulim apareciera inevitablemente tentado por el oro, ganado, tierras y mujeres. El sabía que esto ocurriría y que no podría defenderse pues era pacífico y no tenía gente armada.



Los hombres de Urulim trabajaron como segadores y tuvieron que sacarse las armaduras para matar, pues les molestaban. Cuando terminaron, arroyos de sangre corrían por entre las rocas. Todos estaban muertos...



... menos los tres niños con las frentes tatuadas que desaparecieron. Y a la mañana siguiente entre el terrible olor a muerto que espantó hasta a los buitres, vieron una roca con un mensaje grabado a fuego o martillo...

Muchos dicen que fueron palabras grabadas por el rayo, otros aseguran que fue el mismo padre antes de que lo mataran. Nadie lo sabe. Decía que los jóvenes volverían cuando los torrentes se secaran, cosa que no había ocurrido jamás pues nuestros ríos son hijos de las blancas montañas.

Y sin embargo, mira...

Miré y vi los lechos de los ríos, polvorientos y pedregosos, llenos de esqueletos de peces y fantasmas arenosos. Me estremecí.

Veo.

¡Has hablado demasiado, cabrero! ¡Tu cabeza ocupa un lugar innecesario sobre tu cuello!

¡Quieto!

¡Suelta!

No es bueno discutir con un joven fogoso que tiene una espada en la mano. Puede cortarse con ella o lastimar a otro.

¡Quieto te he dicho!

Está bien... ¡Suelta... Me rompes el brazo.

Cálmate entonces. La rabia es mal vino.

¿Y el cabrero?

Huyó.

Sí. Los viejos conocen el valor del momento adecuado.

Y ahora me iré yo. Perdona mi mano pesada pero era una muerte que nada hubiera añadido a tu renombre de guerrero.

¿Cuál es tu nombre? Me resultas extraño.

Nippur de Lagash. Nippur, "el errante". Nippur, el hombre.

Así que eres tú... Extraños días son estos y extrañas gentes llegan a nuestra tierra.

Todas las gentes en los caminos son extrañas. Adiós.

Lo dejé rumiando pensamientos de joven y azucé mis caballos por el camino que corría junto a los ríos secos y hediondos, llenos de esqueletos de peces.

(Extraña historia es ésta...)



¡Eh, viajero! ¡Detente!



¿Qué quieres, viejo?
Agradecerte mi vida y decirte que llega una gran tormenta del otro lado de la montaña y que es mejor que busques un refugio.



¿Conoces alguno?
Sígueme.

El viejo cabrero no se equivocó. El cielo se oscureció completamente a medida que un helado viento del sur amontonaba sucias nubes sobre las montañas. Los relámpagos degollaban esa oscuridad espantosa.



¡Apura!

Y luego la lluvia. Gruesas gotas espaciadas en un principio, que poco a poco se transformaron en un colosal torrente.



¡Allí está la cueva!
¡Es enorme!

Lo era a tal punto que ni debí apearme para entrar en ella con mi carro. El cabrero, mojado y miserable, me indicó...



Allí se bifurca la cueva y podremos encender un fuego sin que el viento lo apague.



Espera, cabrero, ¿no notas algo?
¿Qué...?



Ya hay una hoguera encendida en la cueva.
Es cierto...



Doblé el recodo y vi una gran espalda corvada frente al fuego y una espada desenvainada que reflejaba el rojo de las llamas.

Los dioses sean contigo, hombre.

Lentamente giró mientras sus dedos de bronce se cerraban sobre el puño de la espada. Vestía la túnica roja de los lacedemonios y era anguloso y pálido. Las llamas crepitaron.



¿Quién eres?

Tenía extraños ojos solitarios y apáticos y entre esos ojos sin juventud y sin emoción nació el tatuaje que se izaba con sus ramas azules hasta la negra cabellera.



¿Quién eres?

Un viajero. Envaina tu espada y deja que nos acerquemos al fuego pues estamos empapados y tiritando.

Perdona. Acércate. Esperaba enemigos y creí que tú lo eras.

Nos sentamos allí mientras él volvía a arrebujarse en su manto junto a su espada de guerra, su casco, su escudo, sus polainas de cobre y su racimo de lanzas.

Veo que eres guerrero de la Héiade y advierto también que llevas el tatuaje en la frente. He oído hablar de eso.

En efecto. Pertencí a las hoplitas de Marcarios y luché durante tres mil días en muchos países y en más de ciento cuarenta batallas que llevo marcadas en mi escudo. Me llaman Leomes.

¿Es verdad que esperas a tus hermanos como se comenta en la comarca?

Es verdad. Ellos llegarán.

¿Les enviaste mensajes?

No.

No. No hace falta. Ellos llegarán. Está escrito. Los ríos se han secado y el mensaje fue llevado por pájaros negros.

Sentí entonces relinchos en mis caballos y me puse de pie. Leomes volvió a empuñar su espada.

Tal vez...

No hacía falta ver el tatuaje incrustado en la frente para saberlo. Bastaba con ver sus ojos solitarios, apagados en algún recuerdo lejano, en alguna lúgubre promesa de sangre.

¿Eres tú?

Soy yo, Tirhos.

Vestía ropas de marino y su piel estaba curtida de sal y en la cintura llevaba un cinturón de bronce con cuchillos. Se sentó junto a la hoguera arrojando a su lado un bolso de cuero. Nos señaló.

¿Son amigos?

Sí. Lo son. ¿De dónde vienes? ¿Qué has hecho en estos años?

Navegué. He recorrido mares. He llegado a tierras lejanas. He visto monstruos de muchos brazos y hombres del tamaño de mis dedos. Y ahora estoy aquí.

Otra vez relincharon los caballos...

¿Será...?

Sí. ¿No hueles?

Yo también oí. Había perfumes de flores en el aire. Olor fresco y fino...

(¿Qué es eso?)

Fue como una llama que surgió del recodo negro. Oí tintinear sus joyas pero también sentí el ácido olor del bronce afilado y las cuerdas engrasadas.

Los dioses sean con vosotros.

Siéntate, Napalim. Estos son viajeros que se detuvieron en la caverna. Al menos eso dicen.

Es verdad.

¿Cómo lo sabes?

El hombre alto es Nippur de Lagash, el de las leyendas en los fuegos. Combatí una vez contra él y su amigo Teseo al frente de mis amazonas. Aún lo recuerdo.

¿Has sido mi adversaria?

Mi reina lo era. Nos aliamos con los piratas del mar para terminar con nuestras patrullas pero fuimos derrotados. Te vi luchar hombro con hombro ¡junto a tu amigo, Ur-EI, el gigante.

Erais como dioses de espadas relucientes y músculos enormes y no había fuerza que os detuviera. Vi a tu amigo derribar caballos y carros con las manos desnudas y riendo a carcajadas como un niño que juega...

No hables más de eso, Napalim. Me hace daño.

Perdona. Ni mis flechas ni mis polainas pueden desmentir la realidad de mi lengua de mujer.

Me puse de pie mientras ellos me observaban con sus extraños ojos sin épocas y sin emociones.

Me voy. En esta reunión estoy de más.

Adiós, Nippur. Cuídate de los caminos. Cuídate de los hombres.

Me separé del cabrero en la lluvia y lentamente comencé a descender por entre las rocas y los arroyuelos de agua. En mi mente un torbellino de luna y tormenta se agitaba.

(¿Qué harán tres contra un ejército?)

Detente, Nippur. Y no intentes tocar tu espada.

¿Tú, otra vez?

Sí. Hemos visto que salías de la gran caverna... y hasta ella hemos seguido a uno de los Tres. Quédate quieto ahora mientras mis hombres los acaban.

La idea me golpeó como una maza. Pensé en aquellos ojos solitarios y las frentes azules ante el fuego.

(No. No lo permitiré.)



¡Ahhh!



(¡Con esto los alertaré...!)



Napalim conocería el sonido. El canto de guerra de los he-lenos. La orden de ataque...



¡Ahhh!



Sentí humedad al abrir los ojos y en un principio no comprendí dónde me hallaba pero luego sentí las losas de piedra bajo mi cuerpo y vi los pies que me rodeaban. Alcé los ojos...



Supe que era Urulim. Tenía un miedo antiguo, fermentado con los años, que había corrompido su sangre y lo había marcado con más fuerza que cualquier tatuaje.

¿Dónde están los Tres? Tú los ayudaste a huir. ¿Dónde están?



Su miedo era una melaza pestilente ante la cual fruncí el ceño. El miedo protegido con lanzas y escudos mercenarios no es miedo digno.

No lo sé. No los conocía.



¡Mientes! ¡Dime dónde están o te haré hervir en agua salada!

Aunque me hirvieras en mi propia sangre nada podría decirte.



¿Buscas la muerte?



Si la buscara, éste sería en verdad el lugar adecuado pues ella está aquí. ¿La sientes? Acecha en todos los rincones de tu castillo. Esto no es una fortaleza, Urulim. Es sólo una gran tumba de piedra.

Afuera está la noche y la tormenta y en ellas están tus enemigos de frentes tatuadas, y te buscan...



Y es inútil que te escudes en tus guerreros y en las piedras de tu fortaleza. La muerte se ríe de lanzas y murallas.



Te doy vida hasta la mañana. Cuando el sol surja sobre la montaña yo seré despertado con tu cabeza colgada en mis ventanales.



Lo miré y lo vi amarillo de miedo, tembloroso y me pareció que una gran sombra negra se cernía sobre él.



Lo siento, Nippur, hombre de Lagash, pero debo obedecer a mi amo.



Es malo tener un amo pero peor aún es no elegirlo. Lo siento por ti.

(¿Moriré realmente en la mañana? ¿Será que mi sendero terminará aquí?)



(No. Siento en los huesos que mi fin no está aquí. No. Siento a los dioses protegiéndome.)



(¿Y eso? Pareció un gran alarido...)



(Siento corridas... y gritos.)



(Se abre la puerta...)



Ven, Nippur. Puedes abandonar la celda.

¿Qué ha ocurrido?



Ven conmigo. Tal vez tú puedas explicarme qué ocurrió.





Tenía en los ojos hincado un terror tan temible como la espada espartana que lo tenía clavado contra el respaldar de su lecho y en la frente florecía un tatuaje rojo que lloraba arroyuelos de sangre.



¿Cómo fue? Había guardias en la puerta... en las ventanas... en los corredores... ¿Cómo fue?



Vamos a abandonar el castillo. Está maldito y lleno de espíritus. ¿Vienes?



Quedé solo, con el cuerpo muerto y con su miedo muerto golpeando como un murciélago ciego contra las paredes, mientras las antorchas bailaban locas de viento.



Nippur...



¿Así fue?

Sí. Esta casa fue nuestra y en ella murieron nuestros padres. Aquí murieron primos, tíos y amigos. Aquí han lavado el suelo con vinagre durante años para ahogar el olor de la sangre vertida.



Nada nos costó buscar los pasos secretos que entran en la casa y que el usurpador no conocía y... pero, ¿qué te ocurre, Nippur?



Los tatuajes... se están diluyendo...

Se contemplaron unos a otros con estupor.

¡Es verdad! ¡Ya no los tenemos!



Es extraño. Como si al morir Urulim, el espíritu furioso de vuestro padre hubiera terminado de morir también.



Observaron el cuerpo en silencio. Un trueno retumbó...

Tal vez sea como dices...



Entonces salgamos de aquí. Esta casa ya no es para pies humanos.

Sí. Salgamos de aquí. ¡Rápido!



Desde las rocas más altas cercanas a la casa vimos cómo ésta se llenaba de sombras y luces. Luego vimos el lento correr del agua bajando de la montaña...

La va a cubrir. Está construida en una depresión.



Así fue. Despacio, tan despacio que sólo concluyó de cubrirla al salir el sol, el agua negra y turbulenta convertía todo aquello en un lago estancado y silencioso.

Es el fin.



¿Qué harán ahora?

Volveré con Macarios. Hay más guerras.



Volveré al mar. Mi tumba será de sal.



Volveré con las amazonas. Mi caballo debe relinchar de tristeza al no sentirme cerca. ¿Y tú?



¿Yo? Ya no tengo nada a qué volver. Ni un ejército ni un mar ni un caballo. Mira si seré pobre. Sólo tengo los caminos. Y a ellos volveré.



Adiós, Nippur.

Adiós.

Los miré alejarse a cada uno por su sendero hacia su guerra, hacia su mar, hacia su caballo, mientras las montañas recogían los primeros rayos del sol y yo sentía un gran viento que parecía querer apaciguar a hombres, dioses y aguas. Y en lo profundo de mi corazón deseé que así fuera.



FIN